

# EDUCACION HACIA EL PASADO Y EDUCACION HACIA EL PORVENIR

Por Manuel DE TERAN TROYANO

**T**ODA la evolución y el progreso de la civilización humana ha tenido y tiene lugar en un continuo estado de tensión entre dos polos opuestos: la estabilidad y el cambio, entre el apego al pasado y el deseo y la necesidad de renovación.

En las épocas históricas de gran estabilidad en que los cambios son pocos y lentos, el equilibrio entre ambos polos de la tensión se produce con facilidad. Pero hoy en día pocas sociedades están en condiciones de producir, y menos de conservar, el equilibrio. La característica esencial de nuestra época, resulta un tópico decirlo, es el cambio, la acelerada transformación de sus estructuras y de sus valores tradicionales. La consecuencia es una sociedad inestable, una sociedad que se transforma rápidamente en busca de su propio equilibrio y que todavía no tiene claro lo que debe conservar, lo que debe sustituir y lo que debe incorporar.

Esa tensión, resuelta en equilibrio o en inestabilidad, según los casos, afecta tan-

to a los individuos —que a sus valores tradicionales tienen que incorporar y superponer los nuevos derivados de los hallazgos de la técnica, de los cambios económicos, políticos y sociales— como a todos los sectores y actividades que integran la sociedad.

La educación, actividad incrustrada como pocas en la realidad en la que se desenvuelve, partícipe y receptora de todo cuanto la rodea, compleja como toda actividad que tiene como objeto el comportamiento humano, está inmersa y participa plenamente de esa tensión y en este momento de esa falta de equilibrio. Hoy, más que nunca, se están poniendo de manifiesto las dos tendencias opuestas en la que se ha desarrollado a lo largo de su historia: aquella que se vuelve hacia el pasado al que pretende conservar y hacer revivir y aquella otra que mira hacia el porvenir al que trata de preparar.

La primera responde a una concepción que pudiera llamarse espontánea o instintiva y constituye en cierto modo una reacción de defensa de ciertas sociedades y grupos o clases sociales para asegurar su propia conservación y para mantener la integridad e «incontaminación» de un medio dado. Esta tendencia origina un tipo de educación conservadora por esencia cuyo objeto es hacer respetar las ideas, las costumbres y las reglas establecidas. En las sociedades aisladas y muy homogéneas, este tipo de educación se produce con facilidad y naturalidad. Pero a medida que las sociedades se abren, se intercomunican con otras de las que aprenden nuevos comportamientos, esta educación solamente es posible sobre las bases del autoritarismo, las órdenes y la sanción para poder obtener la necesaria obediencia y sumisión a lo establecido.

La segunda tendencia, interpreta la educación en su verdadera dimensión, como una función de la inteligencia y no como una mera manifestación del instinto; se basa en los resortes más íntimos y más nobles del hombre: la curiosidad, el de-

se y colaborar con los demás. Parte de un acto de fe en el hombre y en sus posibilidades de evolución y mejora, en el hombre como generador de posibilidades acrecentadas sin cesar y tendentes a hacer progresar y hacer vivir mejor.

La solución al conflicto planteado entre estas dos tendencias opuestas de la educación no es evidentemente teórica ni puede resolverse en el terreno de la adquisición intelectual. La solución debe encontrarse, como la de tantos otros problemas que afectan al fenómeno educativo, en la objetiva e imparcial contemplación de la realidad. Y esta realidad nos muestra que las bases y los fines de la educación del hombre actual no pueden encontrarse sobre la base de lo precedente ni tratando de reproducir el pasado. Las condiciones de eficacia en que se desenvolvía la educación del pasado han dejado de existir. Preparar para una civilización cada vez más compleja que aumenta de contenidos incesantemente, preparar a un número cada vez mayor de individuos con fuertes y marcadas diferencias de aptitud y de cultura, atender y preparar para la universalización de la cultura y de las costumbres que se derivan y viene impuesta por el incremento y la facilidad de comunicación entre grupos y países distantes y heterogéneos. Preparar para el uso de la libertad, cuyo deseo ha estado presente en todos los tiempos pero que hoy encuentra las condiciones y las posibilidades óptimas para manifestarse, preparar para la multiplicidad de medios y de situaciones cambiantes en que se desenvuelve la vida del hombre de hoy, etc. Son facetas y características nuevas, no presentes en el pasado, que debe abordar la educación del hombre actual.

Pretender que por el mantenimiento de ideas, métodos y orientaciones preteritas se retorne al pasado es hoy una insensata esperanza.

Por su misma naturaleza (la preparación de los jóvenes para su vida de adultos), la educación es «cosa de futuro» y no puede satisfacerse ni resignarse a

reproducir para volver a comenzar. La educación no puede concebirse ni tratarse en un plano filosófico de abstracción; la educación es un integrante de la vida social y como tal tiene que contribuir en la medida que le corresponde a la consecución de los objetivos y aspiraciones de la sociedad. La educación tiene a su disposición unos medios y un tiempo para satisfacer las esperanzas que los individuos y la sociedad depositan en el proceso educativo; la educación tiene que tener la convicción de que está haciendo lo que mejor conviene al individuo y a la sociedad, asignando a cada generación el deber de transmitir a las siguientes herencia que ha recibido, pero transmitirla enriquecida, acrecentada y modificada con las ideas y las realizaciones nuevas y aventurándose al riesgo de que cada generación y cada período histórico se forjen su propia personalidad y su propio porvenir.

La educación sólo es concebible sobre un acto de fe en el hombre y sus posibilidades para encontrar mejores y más completas formas de vida.